

ISABEL ORELLANA VILCHES

FERNANDO RIELO
FUNDADOR DE LOS MISIONEROS
Y MISIONERAS IDENTES

*«Te creé con un beso;
con ese mismo beso has de morir»*

DESCLÉE DE BROUWER

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
1. EN BRAZOS DEL PADRE	15
Fe de una madre	15
Una familia deliciosa.	17
Fe en las adversidades.	20
¡Los Reyes Magos existen!	23
María y José.	24
2. CRISTO, EL HERMANO AMADO	27
Primera Comunión	27
Cicatrices de la guerra.	28
Pasión por el martirio	32
«¡Sé santo como Yo tu Padre Celestial soy santo!»	32
Vocación misionera.	36
Interés por la metafísica.	38
3. ¿CUÁL ES TU VOLUNTAD?	41
Granada: «cima del martirio»	41
De nuevo María.	46
«¡Hijo te dejo en manos de Jesús, tu Hermano!»	50
Génesis de su pensamiento.	53
¡Christus!	54
«¡No serás ordenado sacerdote!»	58
Anunciación del Instituto	61
4. FUNDADOR, PESE A TODO	65
Doce consultores	65
«Ésta es la ciudad elegida por Mí»	70
Apóstol infatigable.	73

D. Domingo Pérez Cáceres: un obispo para la historia	78
1959: Fundación oficial del Instituto	80
5. CRUZ Y GOZO	83
Primeros contratiempos	83
Expansión apostólica y persecuciones	88
Adhesión a la Iglesia.	91
Graves dolencias	94
«Tú eres el Ser; yo la nada»	95
La vida en peligro	99
Doctores de santos.	105
Una entrevista con graves consecuencias	109
6. UN FUNDADOR PEREGRINO	117
«¡Luchad y resistid!»	117
En defensa del diálogo	122
«Id y predicad»	126
Honor a Mahoma	127
Monasterios identes	131
En el corazón de la juventud	134
Idencia en América.	139
La estética al servicio de Dios	143
7. PROFETA FUERA DE SU TIERRA	149
Tras las huellas de Fray Junípero.	149
Balance de un pontificado	151
Un Cristo «humilde».	153
Reconocimiento civil del Instituto	156
Nuevos frutos ecuménicos	159
Asociación de Amigos de Fernando Rielo	160
Mater Itineris	163
En la «Pacem in Terris»	166
8. ALBORES NUEVOS EN LA INSTITUCIÓN	173
Fin de un ciclo poético.	173
Real Academia de Filosofía española: un sueño frustrado.	177

Plegaria por Europa	179
Temor a una ordenación sacerdotal. Cumplimiento de una profecía	183
Aristocracia en el amor	188
«Aceptad siempre la obediencia»	193
Hacia el reconocimiento canónico del Instituto	197
9. EL DOLOR DEL AMOR	201
Fátima: un viaje memorable	201
Al abrigo de la cruz	204
Misión del dolor	209
Nueva York: postrer destino	215
«¡Escribirás acerca de Mí, pero con dolor!»	217
Renuncia «total y absoluta»	220
San José: más que una devoción	223
Apostolado social	225
10. MAGNITUD DE UN BESO	235
Gratitud frente a las contrariedades.	235
Roma cada vez más lejos	238
«Guiarás al Instituto con tu dolor»	242
Estima de un Cardenal	244
Cerrando etapas	246
Un reconocimiento a tiempo	251
Y al final, ¡María!	253

PRÓLOGO

«¡Fernando, no abandones esto. Es una obra de Dios! Vas a sufrir muchísimo, pero vas a salir adelante». Con esa firmeza se alzaba en Madrid, el 28 de mayo de 1961, la voz profética del venerado obispo de Tenerife, Mons. Domingo Pérez Cáceres, quien se hallaba entonces postrado en su lecho del dolor en la Clínica Covesa. Meses más tarde le sobrevino la muerte. Así pues, esta petición era su testamento. Con él no hacía más que recordar lo que, con otras palabras, había expresado desde que conoció al Fundador de los misioneros identes en 1957, abriéndole sus brazos. De hecho, en un momento dado confesó: «Si yo tuviera media docena de Fernandos, conquistaría el mundo». Por tanto, el ruego que había brotado de sus labios no era una simple expresión. Las primeras dificultades que tuvo la naciente Fundación comenzaron a surgir en la isla de Tenerife conforme se fue haciendo pública la intensa y fecunda labor apostólica que inició Fernando Rielo nada más llegar a ella ese mismo año. Y con él, los primeros misioneros que enseguida se unieron a la obra. El Sr. Obispo estaba perfectamente informado de todos sus avatares. Pero la fe es el baluarte del creyente, y la cruz su único estandarte. Y esa mañana, en la clínica en la que se encontraba recluido, al pronunciar esas palabras no le tembló la voz. Sabía que tenía ante sí un apasionado discípulo de Cristo dispuesto a todo por amor a Él; en su gesto se encerraba el aliento y la religiosa contundencia de un padre que había visto en la Institución idente un bien para la Iglesia.

El Fundador nunca olvidaría esas palabras. En esos instantes ya sufría, pero todavía se hallaba en los preliminares de lo que llegaría a ser su vida: un sendero plagado de agonías, a las que hizo frente en aras de su pasión por el Padre Celeste. Su acontecer, como el

de todos los hombres de bien, se fraguó en el día a día. Fue cincelado por él con la gracia divina, en medio de muchas –y en su mayoría, secretas e íntimas– renunciaciones. Fernando Rielo, como cualquiera que se haya propuesto seriamente la vivencia de la santidad, y, especialmente, con la determinación con que lo hizo, se encontró frente a frente con la cruz, y se abrazó a ella. Persiguió con denuedo la virtud que su conciencia filial le reclamaba en todo momento. Lo que pudo costarle, lo que debió entregar y hasta dónde tuvo que llegar en la oblación que le exigía su ardor por lo divino, no podremos saberlo, en rigor, nunca. El aserto evangélico: «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,20) –de los que sus obras dan cuenta– muestra la peculiaridad de un hombre, cuya grandeza primera reside en haberse sentido hijo de Dios Padre desde temprana edad, y, guiado por este sentimiento, el haber hecho de su existencia un camino sin retorno hacia el celeste hogar que fue su única añoranza. Cualquier lector percibirá, a través de estas páginas, la frescura de una vocación que permaneció inalterable, y la huella que iba dejando en incontables corazones, alentándolos a la vivencia de la fe.

Su camino hacia los inicios de la Fundación fueron tortuosos. Fundó contra su voluntad, fue constantemente probado de formas diversas comenzando por los numerosos padecimientos a los que tuvo que hacer frente, puesto que convivió con el dolor paseando sus múltiples heridas por los hospitales. En un momento dado, por amor a Cristo y a la Iglesia, permaneció incluso en la sombra renunciando a ser reconocido como fundador e influir en el sentir de sus hijos. Pero lo cierto es que ya había hecho de su vida un derroche de amor abriendo brechas en ámbitos dispares. Indisolublemente unido a la Cátedra de Pedro, enseñó a sus hijos el modo de arrebatarse para Cristo las cátedras universitarias del mundo estableciendo un diálogo apologético con los intelectuales; cinceló su acontecer con signos indelebles en todos los viajes apostólicos que realizó; les infundió el amor al Padre y el coraje apostólico, motivándolos a efectuar las grandes gestas con los jóvenes que, o bien no tenían fe, o ésta era deficiente; se ocupó de crear fundaciones para restaurar a esa Humanidad doliente: niños, ancianos, desfavorecidos, refugiados; para todos ellos abriría horizontes de esperanzas, dándoles cobijo. Entre

otras muchas acciones llevadas a cabo, eleva la estética a valor sacral; establece las líneas para el diálogo con otras religiones; asiste con su estudio a la Cátedra de Pedro, poniendo a los pies de S.S. Pablo VI su doctrina; logra ensamblar fe y pensamiento con un modelo filosófico propio, dispuesto a dar respuesta a los numerosos interrogantes planteados por el hombre a lo largo de los siglos, en una simbiosis o amalgama –la de su vida– de poesía y llanto.

Tras esta intensa y fecunda existencia, el 22 de octubre de 2004, tan sólo cuarenta y cinco días antes de entregar su alma a Dios, Fernando Rielo fue reconocido como fundador, y la Institución como una nueva forma de vida consagrada. D. Domingo Pérez Cáceres no se equivocó. El 29 de junio de 1959 él mismo había acogido las cartas credenciales de la nueva fundación que Fernando le presentó, documentos que, de no haber fallecido en agosto de 1961, habrían cambiado el curso de la historia del Fundador y también la del Instituto. Pero la Divina Providencia quiso llevarle por otros caminos.

A lo largo de estos años transcurridos, muchas personas han expresado su deseo de conocer la personalidad de este fundador. Hasta el presente, los únicos datos que podían dar cuenta de ella están recogidos en el libro de la Dra. Marie-Lise Gazarian *Fernando Rielo: un diálogo a tres voces*, publicado en 1995. Sin embargo, no puede considerarse historia de su vida, como tal, pese a contener referencias autobiográficas, de innegable valor, por ser las primeras que aparecieron a la luz pública.

Cincuenta años más tarde, con ocasión de la conmemoración de las Bodas de Oro de la Institución, y hallándose avanzada su biografía completa, la que se ofrece simplemente constituye un brevísimo apunte de su vida. Sintetizar en pocas páginas una existencia larga, de tanta intensidad y riqueza, entrañaba cierta dificultad. Muchos aspectos simplemente han quedado esbozados. Otros, la mayor parte, han debido permanecer todavía inéditos. Nada de ello empaña el relato de la sucinta trayectoria vital de Fernando Rielo, expuesta aquí. Más bien, puede que esta brevedad sea fértil reclamo para desear adentrarse con mayor profundidad en una de las vidas más apasionantes y fecundas de nuestro tiempo. Va acercándose ese ins-

Fernando Rielo

tante. Por ahora, lo condensado en esta obra no es más que un modesto y sentido homenaje a un hombre que tuvo tres grandes pasiones: el Padre Celestial, la Iglesia y sus hijos, y supo contemplar la tierra desde el cielo.

Isabel Orellana Vilches
Roma, 25 de julio de 2008, festividad de Santiago Apóstol